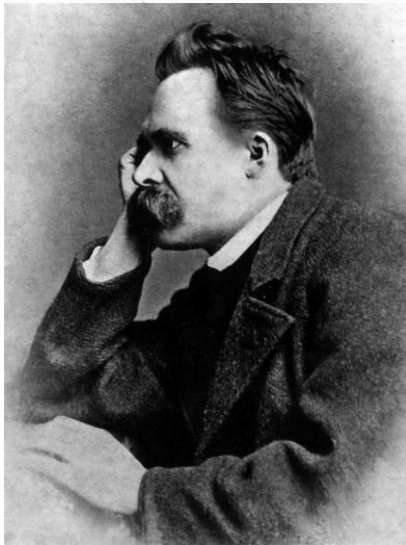


Unidad 14. Nietzsche, la mentira necesaria y la crítica de la moral



Arthur Schopenhauer.



Arriba, Arthur Schopenhauer
Abajo, Friedrich Nietzsche

1. De filólogo a filósofo

Friedrich Nietzsche (1844-1900) procedía de una familia de pastores protestantes: su padre y sus dos abuelos lo fueron. En la escuela y en la universidad estudió a los clásicos. Fue un alumno tan brillante que a los 25 años ya se había convertido en profesor universitario —profesor de filología clásica en la Universidad de Basilea: algo casi inaudito—. Nunca estudió filosofía formalmente. Lo que le convirtió en un filósofo fue la lectura de Schopenhauer. Imitando a Schopenhauer, abandonó la carrera académica y vivió una vida de soledad y simplicidad, en su mayor parte albergándose aquí y allá en Suiza e Italia. Durante un período de 16 años publicó sin gran éxito sus libros. Entre los más conocidos *El nacimiento de la tragedia* (1872), *Humano, demasiado humano* (1878), *Así habló Zaratustra* (1883-85), *Más allá del bien y del mal* (1886), *La gaya ciencia* (1887), *La genealogía de la moral* (1887).

En su juventud, además de ser discípulo de Schopenhauer, Nietzsche cayó bajo el hechizo del compositor Wagner. Ambos trabaron una profunda amistad a pesar de que Wagner habría podido ser el padre de Nietzsche. Pero Nietzsche se independizó, rebelándose tanto contra Wagner como contra Schopenhauer, e incluso escribió algunos de los más célebres escritos antiwagnerianos, *El caso Wagner* (1888) y *Nietzsche contra Wagner* (1895). Trágicamente, cuando se

encontraba en la plenitud de sus cuarenta años sufrió un colapso mental, debido probablemente a una sífilis contraída en su juventud. La enfermedad se prolongó hasta su muerte, en 1900: durante la década de los años 1890 gozó de una enorme reputación internacional, de la que él nunca supo nada.

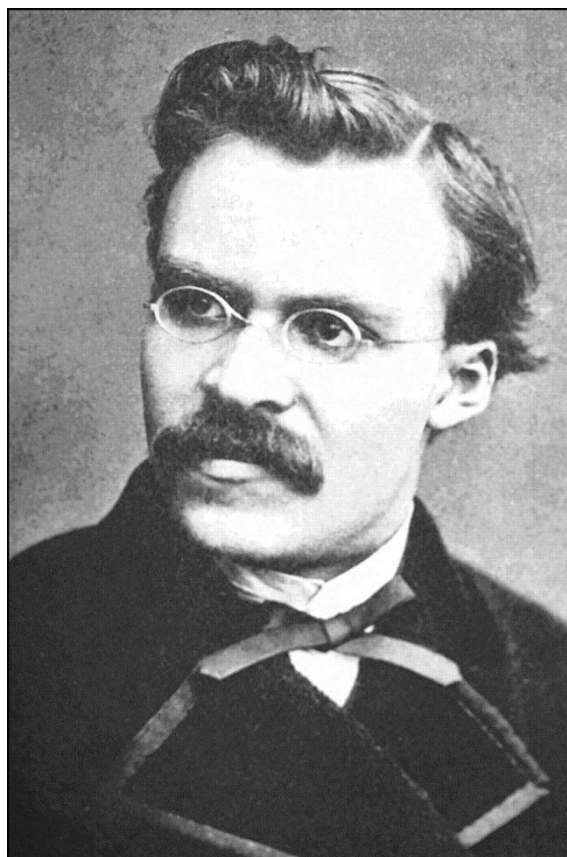
Sobre verdad y mentira en sentido extramoral es un libro de la primera época de Nietzsche, escrito en 1873 y publicado póstumamente en 1903. *La genealogía de la moral*, de 1887, es una obra de madurez. En estos dos libros están presentes los principales temas de la radical crítica que Nietzsche formuló a la tradición del pensamiento occidental, hija, a su entender, del racionalismo filosófico y de la mentalidad judeo-cristiana.

2. Sobre verdad y mentira en sentido extramoral

La redacción de *Sobre verdad y mentira* coincide con la primera época del pensamiento nietzscheano, una época de tensión y crisis, que al poco sería superada. Se recogen en lo que sigue, esquemáticamente, algunas claves para la interpretación de este texto tan breve como fundamental.

2.1. El lenguaje y la realidad

Nietzsche se pregunta: “¿Es el lenguaje la expresión adecuada de todas las realidades?”. Es una pregunta que la filosofía se ha planteado muchas veces desde Platón. Pero, la pregunta de Nietzsche es más bien irónica, porque él sabe perfectamente que, cuando queremos apresar la realidad con palabras, lo hacemos sin ninguna justificación objetiva. La realidad no nos justifica. Casi podríamos decir que la realidad va por un lado y nuestro lenguaje por otro. La realidad no nos puede decir como tenemos que hablar de ella. Y si la realidad no nos justifica, ¿qué podría hacerlo? Nietzsche rechaza la teoría según la cual la verdad es la adecuación de nuestro entendimiento con el mundo —la llamada “teoría de la correspondencia”— y rechaza también cualquier otra teoría de la verdad. Y es que, para él, el uso del lenguaje no está justificado de ninguna manera, no



Nietzsche, con 20 años

tiene ninguna justificación externa a él. ¿Cómo podríamos obtener una justificación así? No podemos comparar el lenguaje con la realidad —para ver si concuerdan, para ver si el lenguaje es adecuado, si es verdadero, si estamos justificados a hablar como hablamos—: no podemos hacerlo porque, para comparar el lenguaje con la realidad, deberíamos contar con una tercera instancia neutral y externa a los dos. Pero esa instancia no existe.

La realidad nos afecta mediante estímulos nerviosos, ante los que reaccionamos emitiendo sonidos, que son una transformación —una metáfora— de esos estímulos. Ya se ve, sin embargo, que estos sonidos no son directamente causados por los estímulos que recibimos. Son una reacción arbitraria y cambiante, tal como lo muestra que existan miles de lenguas diferentes, aunque todos los humanos recibamos los mismos estímulos. El lenguaje es, pues, una creación nuestra, algo que nosotros inventamos y que hacemos corresponder con la realidad, aunque podamos cambiar esa correspondencia tantas veces y de tantas maneras como queramos. Por eso el uso del lenguaje no puede tener ninguna pretensión de verdad. La verdad es una ilusión.

Cuando Nietzsche anuncia, desde el título de su escrito, que hablará de verdad y mentira, está ya anunciando todo esto. Desde el mismo título está diciendo que el lenguaje no se deduce a partir de la realidad. Es sólo un recurso que usan los humanos para engañarse a sí mismos —y para engañar a los demás— sobre su poder, sus conocimientos y su ciencia. Y a partir de las palabras, todo se enreda más y más, y construimos conceptos y edificios enteros con ellos, teorías y abstracciones. Así nace la ciencia. Sus construcciones son cada vez más complejas, cada vez más rígidas, más fijas, más alejadas de la realidad.

2. 2. El relativismo lingüístico como ilustración de la perspectiva nietzscheana sobre el lenguaje

Si cada uno de los objetos de la realidad tuviera su propio nombre, el lenguaje nos serviría de muy poco. Cuando queremos describir nuestras experiencias, y eso es básicamente lo que hacemos cuando hablamos, necesitamos simplificar y generalizar, englobar conjuntos enteros de experiencias y darles un rótulo. Dicho de otro modo, hemos de ordenar nuestro mundo en categorías de cosas, en conceptos. Las palabras, por tanto, están en lugar de las cosas que forman nuestra realidad sensible sólo de forma indirecta, ya que se refieren a ellas a través de los conceptos en que las hemos clasificadas.

Los conceptos son categorías o clases de objetos, sucesos, individuos o relaciones que hemos agrupado teniendo en cuenta que poseen en común algunos rasgos importantes. Nuestra habilidad para formar conceptos, para envolver mentalmente miles de experiencias singulares y diferentes que ya hemos tenido y otros miles que podemos tener, nos permite poner orden en nuestro mundo y convertirlo propiamente en un mundo, en algo que ya no es la pura sucesión sin fin de estímulos que nunca son idénticos entre ellos.

Pero el lenguaje no es sólo un medio para expresar conceptos, sino que juega un papel activo en su formación. Sólo cuando les podemos poner un nombre quedan establecidas las categorías con las que organizamos los estímulos de la experiencia. Darse cuenta de ello conduce al "relativismo lingüístico", conocido también como "hipótesis de Sapir-Whorf", en honor a los dos lingüistas que más la han defendida.

Según esta hipótesis, los que hablan idiomas diferentes clasifican su experiencia según los instrumentos que les proporcionan sus respectivas lenguas y, en consecuencia, piensan y perciben el mundo de forma diversa. La cuestión de la percepción cromática es ilustrativa. La capacidad de distinguir colores es, en parte, genética: por eso todos los humanos la poseemos, dejando de lado posibles lesiones ópticas o nerviosas. Ahora bien, diferenciar unos colores de otros depende también de la lengua que hablamos. Así, los Bororo, una tribu de Amazonas, disponen de diecisiete nombres diferentes para designar el color verde. Por lo tanto, son capaces de distinguir diecisiete matices diferentes de lo que para nosotros es una gama más limitada. La lengua de los Ubanqui, el sango, permite describir el espectro de la luz —un todo continuo que va del violeta al rojo—, sólo con tres nombres. Tanto para unos como para otros la percepción del color difiere respecto a nuestra atendiendo tan sólo a razones lingüísticas. El lenguaje condiciona la manera en que captamos la realidad. O dicho a la manera de Nietzsche: el lenguaje es un creación nuestra, que en ningún caso está justificada por la realidad.

2. 3. La mentira inevitable, que se presenta como verdad

Es cierto que las construcciones del lenguaje y de la ciencia son realmente espectaculares, incluso dignas de elogio. Son construcciones potentes, complejas, cargadas de inteligencia y sutileza. El problema, pues, no es que el lenguaje haga eso. Después de todo, el lenguaje y la ciencia no pueden hacer otra cosa. Son mentira porque no pueden ser nada más, porque no hay acoplamiento posible entre la realidad y el lenguaje. Y si esta concordancia y este acoplamiento no son posibles, entonces esa inevitable mentira del lenguaje —su imposibilidad para decir la verdad— no es culpa de nadie: se trata de una mentira que es consecuencia inevitable de nuestra capacidad de conocimiento, no es una mentira moral, se trata de una mentira “en sentido extramoral”, de una mentira que está en la base de nuestro lenguaje, de nuestra ciencia, de la cultura en su conjunto.

El problema denunciado por Nietzsche no es que los humanos acaben aceptando la mentira inevitable. Lo que denuncia es que, a pesar de estar abocados a la mentira, los humanos hagan como si buscaran la verdad y hablen como si la hubieran encontrado. Nuestros conceptos y teorías están sólo relacionados entre sí, como en red, y, si se quiere, se puede hablar de verdad cuando se descubren conexiones en el interior del edificio mismo del lenguaje, no en una supuesta e imposible relación con la realidad. No tiene, pues, sentido hablar de conocimiento objetivo de la realidad. Y eso es lo que no se quiere reconocer, eso es lo que se esconde con la mentira de una verdad inexistente. Al principio sólo hay y sólo puede haber

mentira, pero luego se toma la mentira por verdad.



Grabado para una ópera wagneriana. Las óperas de Wagner fueron para Nietzsche el ideal artístico, cuando menos en su primera época

2. 4. La reivindicación nietzscheana del arte

Nietzsche no se limita a denunciar y derribar. También construye. Una vez aceptado que con el lenguaje no podemos alcanzar nada verdadero, que con él no podemos hacer más de lo que hacemos, Nietzsche plantea una alternativa al intento de construir conceptos cada vez más abstractos, más alejados de la realidad, bajo los cuales nos abrigamos y nos protegemos. La alternativa consiste en devolvernó al contacto directo con la realidad, que ciertamente no podemos conocer pero que podríamos experimentar: ante los estímulos que recibimos, podemos responder con sensaciones e intuiciones. Y, en vez de ir por el camino frío de las construcciones racionales y abstractas, podemos optar por la

experiencia viva de intuiciones concretas particulares. Eso no lo puede proporcionar la ciencia sino el arte. Frente al hombre racional, Nietzsche propone el hombre intuitivo, la experiencia artística, la vivencia estética. También el artista finge, pero sabe que la ficción es ficción, crea ficciones sin enmascararlas, sin alejarse de la realidad, sino jugando con ella, afirmando constantemente el dominio del arte sobre la vida, justamente para impulsar la vida, para llevarla no a la huida y a la renuncia sino a su plenitud.

3. La genealogía de la moral

Los libros de Nietzsche son fragmentarios, enloquecedores y a veces estimulantes. Desafían cualquier análisis y ningún resumen haría justicia a la riqueza y variedad de su contenido. Muchos incluyen pasajes que, debe decirse, son poco más que la perorata de un loco y anuncian su posterior derrumbamiento mental. Sobre todos arroja una sombra el hecho de que los antisemitas y los fascistas, entresacándolas, han encontrado citas que apoyan sus opiniones. No obstante, las ideas que algunos nazis encontraron tan atractivas son, en su mayor parte, caricaturas de la filosofía de Nietzsche.

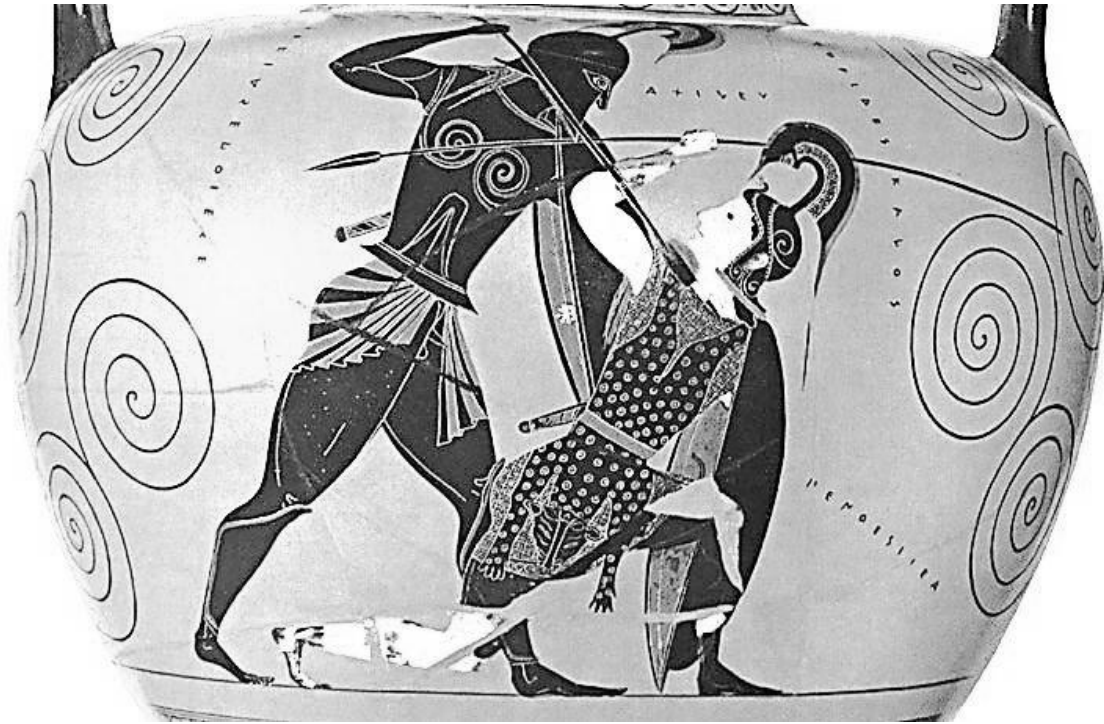
La genealogía de la moral, escrita en 1887 y una de las obras más importantes de Nietzsche, es de todas la más próxima, en el estilo, a un tratado de filosofía, al menos a primera vista. En otros libros, Nietzsche recurrió a los aforismos: observaciones cortas y expresivas que obligan al lector a detenerse y reflexionar y que requieren una lectura especial. *La genealogía de la moral*, por el contrario, consta de tres ensayos, todos sobre un tema afín. El tema central es el origen de la moralidad.

La argumentación de la *Genealogía* muestra que los conceptos morales que hemos heredado de la tradición cristiana son actualmente obsoletos e inferiores a sus predecesores paganos. Nietzsche había proclamado la muerte de Dios en un libro anterior, *La Gaya Ciencia*: “Dios ha muerto; pero dado el modo de ser de los hombres, seguirá habiendo durante miles de años cavernas donde se mostrará su sombra”. *La genealogía de la moral* es, en parte, una elaboración de las implicaciones que tiene la ausencia de cualquier Dios y sus consecuencias para la moralidad. Hemos heredado conceptos morales pasados de moda y basados en las falsas creencias del cristianismo. Poner al descubierto que los orígenes de estos conceptos son emociones de amargo resentimiento, parece creer Nietzsche, nos permitirá verlos como los preceptos paralizadores del alma que son, y seremos libres para sustituirlos por una perspectiva que engrandezca la vida. Todo esto, debe recalcarse, va implícito y no se explicita en el texto: la mayor parte del libro se dedica a analizar los orígenes tanto psicológicos como históricos de varios conceptos morales clave.

3.1. El método genealógico

La genealogía es, literalmente, la acción de rastrear los orígenes familiares para establecer un árbol de los ascendientes. Nietzsche utiliza el término para describir su investigación sobre los orígenes de determinados conceptos; investigación que lleva a término en buena medida examinando la historia de los cambiantes significados de las palabras. La formación filológica de Nietzsche avala esta forma de enfocar la evolución de los conceptos. Su aplicación del método genealógico en *La genealogía de la moral* tiene por objeto demostrar que las

opiniones recibidas sobre las fuentes de la moralidad están equivocadas y que, desde el punto de vista histórico, conceptos tales como la bondad moral, la culpabilidad, la piedad y la abnegación se han originado a partir de sentimientos rencorosos contra los demás o contra uno mismo.



Aquiles, ejemplo de la moral aristocrática que describe Nietzsche, luchó y mató a la reina amazona Penthesilea. Cerámica griega.

3.2. La moral del amo y la moral del esclavo

En el primero de los tres ensayos que componen *La genealogía*, Nietzsche expone su teoría sobre los orígenes de nuestro vocabulario moral esencial para aprobar y desaprobar: las palabras “bueno” y “malvado”. Desarrolla sus ideas mediante la crítica del punto de vista de los utilitaristas ingleses, que habían sostenido que, en un principio, el adjetivo “bueno” se aplicaba a las acciones altruistas: no tanto porque estas acciones fueran en sí mismas buenas, sino porque eran útiles para quienes se beneficiaban de ellas, para aquellos a quienes se les hacía algún bien. Poco a poco la gente olvidó los orígenes de la palabra y pasó a pensar que las acciones altruistas eran buenas en sí mismas, en lugar de serlo por sus efectos.

Nietzsche ataca esta versión utilitarista que, al igual que la suya, es una genealogía de un concepto moral. La genealogía que él propone se organiza en torno a la distinción entre la moral del amo y la moral del esclavo.

En la época arcaica griega, en el mundo descrito en los poemas homéricos, **la moral del amo** nace, según Nietzsche, de la autoafirmación de quien no se preocupa de cómo son percibidas y juzgadas sus acciones por los demás. Los nobles y fuertes se considerarán a sí mismos buenos, sin que su propia afirmación se realice en primer lugar en referencia a los demás.

En la moral del amo, el concepto “malo” viene siempre en segundo lugar. Al llamarse “buenos”, los nobles apreciaban su propia valía: su fuerza, su coraje, su independencia. El que no pudiera vivir a la altura de sus nobles ideales era evidentemente inferior y “malo”, plebeyo. Nietzsche utiliza siempre la distinción entre bueno/malo (contraponiéndola a bueno/malvado) desde el punto de vista de la nobleza: las acciones de los nobles son buenas, las de los plebeyos, por el contrario, malas.

La moral del esclavo es un producto histórico tardío. Surge de la debilidad y la dependencia: tan sólo puede enunciarse negando a los otros y declarando que todos somos iguales. Los débiles y plebeyos definen su identidad y llegan finalmente a considerarse buenos a través de la negación, sosteniendo que los otros, los nobles, son malvados. La negación es el origen de la moral del esclavo: los otros son “malvados”. Sólo por contraste y de manera derivada se define el concepto “bueno”.

3.3. Resentimiento

El resentimiento es la emoción que siente el oprimido. El resentimiento es la imaginaria venganza a que se entregan quienes son incapaces de reaccionar contra la opresión mediante la acción directa. Del odio y del deseo de venganza sentido por quienes fueron tenidos a raya por la nobleza proceden los elevados valores de la compasión y el altruismo, según Nietzsche. Los plebeyos que no podían aspirar al estilo de vida de la nobleza invirtieron, en su frustración, el sistema de valores de lo bueno y lo malo. En lugar de la perspectiva noble sobre la moralidad, los plebeyos pusieron la propia. Según la moralidad de los plebeyos la visión noble de la vida, basada en el poder y en los valores de los guerreros, era malvada: los maltratados, los pobres y los humildes eran los buenos.

Nietzsche atribuye esta “radical revalorización de los valores” a los judíos y a la tradición cristiana. La considera la primera revolución de la moralidad. Sin darnos cuenta, hemos heredado las consecuencias de esta revuelta que ha servido a los intereses de los oprimidos. Para Nietzsche, la moralidad es una creación humana y, por consiguiente, los términos morales tienen su historia. Y esa historia está influida por la psicología humana, así como por los intereses de los distintos grupos. En la metáfora de Nietzsche, los corderos decidieron que las aves de presa eran malvadas, con lo que consideraron que ellos, que eran lo contrario de las aves de presa, debían ser buenos. Es absurdo, comenta, negar a quienes son poderosos la natural manifestación de su poder. El lenguaje que utiliza en el libro deja claro que sus simpatías están con las aves de presa antes que con los corderos.

4. Nietzsche en diálogo

4.1. Nietzsche, crítico de Kant.

Nietzsche conocía irregularmente la historia de la filosofía. Como todos los estudiantes de su época conocía Kant a través de Schopenhauer, "el educador" de la juventud alemana después de 1848.

En buena parte la filosofía de Nietzsche sólo puede entenderse sobre el fondo del debate con el concepto de deber kantiano. Kant representa todo lo que Nietzsche odia: el espíritu de

Friedrich Nietzsche

obediencia, la sumisión al poder... Kant es para Nietzsche *el chino de Königsberg*, es decir, un personaje obsesionado por el deber e incapaz de crear. Kant es un "funcionario", un "autómata del deber". En definitiva para Nietzsche, Kant es el símbolo de esa clase de gente que sabe muchas cosas pero no entiende nada. Kant quiere justificar el deber moral, para Nietzsche, en cambio, la moral es un prejuicio. Muy en resumen, la crítica de Nietzsche a la ética kantiana afirmaría las tres tesis siguientes:

- Según Nietzsche no hay moral universal, sino que cada sociedad considera morales los instintos que le parecen útiles.
- En consecuencia no hay moral desinteresada. El supuesto desinterés siempre es sumisión a los intereses de los demás y, en consecuencia, vida inferior.
- No hay moral racional, la moral nace de fuentes irracionales, primitivas e instintivas. Por tanto, no hay autonomía de la moral: la moral es una función de la vida.

4.2. Nietzsche y los griegos

Grecia es el modelo, definitivamente imposible y al mismo tiempo inevitable, de la filosofía nietzscheana. Dejando de lado su formación como filólogo, Nietzsche considera Grecia como un símbolo, más allá de su realidad concreta e histórica. La tradición griega siempre tendrá un valor sobrehumano: representa ese momento en que el hombre era armónico. Para Nietzsche, Grecia, el mundo homérico, es la cultura que no se ha separado de la vida. En los griegos Nietzsche descubre una idea de la verdad no separada de la vida, y nos propone recuperar esa sabiduría profunda que se perdió tras Sócrates y Platón.

4.3. Nietzsche ante Sócrates, Platón y el cristianismo

Sócrates es el padre de la moral entendida como represión de los instintos vitales: prefiere morir y negar la vida para hacer que sus ideas vivan eternamente. Así comienza el gran combate de la razón contra la vida. Platón continúa esta línea negando el mundo sensible y subordinando todo al mundo inteligible. Platón consuma la subordinación de la vida a las ideas y afirma que el mundo suprasensible es, no sólo la mejor realidad, sino la única. *En La genealogía de la moral* Nietzsche enuncia la contraposición fundamental que se dio en Grecia: "Platón contra Homero: he aquí el antagonismo auténtico y total". Homero es el gran creador de mitos y héroes. Platón —en cambio— es el negador de la vida. En la lucha entre el mundo homérico (vital) y el mundo platónico (antivital) ve Nietzsche el conflicto más determinante de nuestra historia.

El cristianismo proporciona el modelo de la moral del esclavo. Considera a todos los seres humanos iguales porque los considera a todos pecadores. Predica la sumisión, la aceptación del dolor, el sacrificio... Es un platonismo para el pueblo. Esto significa que el cielo cristiano no es sino el mundo de las Ideas platónicas pero rebajado, disminuido, porque para llegar a las ideas había que ser, en cierto modo un aristócrata, un hombre capaz de perfeccionar el alma, mientras que para entrar en el cielo cristiano sólo hay que vivir resignado y arrepentido del pecado. El cristianismo es una ideología de consolación. Como dice en *La genealogía*: "Dios es la mentira más duradera". El hombre incapaz de soportar la vida necesita un dios que le haga soportable el hecho de vivir.



El caminante sobre el mar de nubes de Caspar David Friedrich. 1818.